

Por amor al esposo celestial.

Reflexiones sobre la clausura*- I.

M. Elena Francesca Beccaria osc.

Me agrada denominar así los encuentros que vamos a celebrar, para poner en común el tema de la clausura. Desde el principio me apremia definir cuál es para mí la motivación de fondo de nuestra elección de vida en clausura. En efecto, ésta es la motivación que nos da Clara misma a través de su biógrafo:

“En la cárcel de este estrecho lugar [de San Damián] se encerró la virgen Clara por amor a su celestial Esposo. Aquí, guareciéndose de la tempestad del mundo, encarceló su cuerpo de por vida. Anidando en las grietas de esta roca, la paloma de plata engendró un colegio de jóvenes de Cristo, instituyó un santo monasterio e inició la Orden de las Damas Pobres” (LCl 10).

Es una elección dictada por el *amor* a Jesús, y por este mismo amor mantenida a lo largo de la vida de consagración. Pienso que cuando cada una de nosotras rememora los primeros pasos de su camino vocacional, encuentra este deseo de fondo que la ha movido a responder a la llamada del Señor: estar con Él sin distracciones, tener más tiempo para Él.

Por usar las palabras de nuestra Madre Santa Clara: *“Y dejando absolutamente de lado a todos aquellos que, en este mundo falaz e inestable, seducen a sus ciegos amantes, ama totalmente a Aquel que por tu amor se entregó todo entero” (CtaCla3 15)*. Querría subrayar en concreto ese “totalmente”: la elección claustral nace del deseo de totalidad del don, y para realizarlo es necesario dejar completamente de lado todo lo demás. Y ello como exigencia del corazón, no como imposición desde fuera, como privilegio de gracia que nos ha concedido el Altísimo, al cual debemos estar eternamente agradecidas, como lo estuvo siempre Clara:

“Entre los otros dones que hemos recibido y recibimos cada día de nuestro Benefactor, el Padre de las misericordias, y por los que más debemos dar gracias al mismo Padre glorioso, está el de nuestra vocación: y cuanto más perfecta y mayor es, más y más deudoras le somos. Por lo cual dice el Apóstol: Reconoce tu vocación” (TestCl 2-4).

Es una vocación “grande y perfecta”: son términos fuertes, que nos obligan a una respuesta adecuada a la proporción del don. Y como respuesta, la misma Clara nos indica el primer paso: *“conoce tu vocación”*. Estamos aquí para eso, para revivir el don de nuestra vocación y redescubrir toda su belleza. Belleza que nace de ese primer objetivo imprescindible: estamos aquí para *“permanecer siempre con Él sobre el monte santo y, fijando la mirada en Jesucristo, envueltas por la*

nube de su divina presencia, unirnos plenamente al Señor” (cf. *Verbi Sponsa* 1). Es evidente que una vocación que comporta esta continua intimidad de vida con Jesús es “grande y perfecta”...

Entonces, repitémonos a nosotras mismas que hemos sido llamadas por el amor, y por amor hemos respondido, y pongamos aquí el punto de partida. De otro modo, es difícil incluso para nosotras mismas comprender la clausura, que es puro deseo de estar con el Amado.

Y que no parezca esto un discurso poético, abstracto o espiritual: es, por el contrario, muy concreto, como todo lo que es realmente espiritual, según la lógica de la Encarnación que sostiene toda nuestra fe. Jesús nos quiere para sí, para un diálogo de amor que necesita lugares y tiempos apropiados para poder llevarse a cabo.

Hay otro tema básico que me apremia a hablar de la clausura: la vida claustral es una elección de vida en *penitencia*. Es también Tomás de Celano quien nos lo recuerda:

“Aquí [Clara] en el camino de la penitencia, trituró los terrones de sus miembros, aquí sembró las semillas de la perfecta justicia, aquí con su propio caminar dejó marcadas las huellas para sus seguidoras. En este estrecho reclusorio, durante cuarenta y dos años, quebró con los azotes de la disciplina el alabastro de su cuerpo, a fin de que la casa de la Iglesia se inundara de la fragancia de los unguentos” (LCl 10).

Y este tema viene después del precedente: la verdadera penitencia -aquella que no mortifica a la persona si no es para hacerla florecer con mayor plenitud- es de hecho la que nace como exigencia de un corazón que ama. Por amor ningún sacrificio cuesta... pero esto no impide que el sacrificio se note. Pongo un sencillo ejemplo cotidiano. La madre de un recién nacido no escatima su sueño, tiempo y libertad para atender al niño: lo hace con amor y por amor, pero ello no le impide sentir en su cuerpo el esfuerzo del sacrificio. Lo mismo sucede con nosotras, por nuestra elección de vida claustral: nos privamos espontánea y libremente no sólo de muchas cosas, como requiere el voto de pobreza, sino también *“del espacio, de los contactos, de muchos bienes de la creación”* (VC 59). Decir que estamos aquí *“por amor al esposo celestial”*..., como nuestra Madre Santa Clara, no significa hacer solamente poesía. Ciertamente, hay innegables aspectos poéticos en nuestra vida -que es realmente hermoso recordar-, pero son aspectos que tienen consecuencias concretas y costosas, no románticas, y que sólo el amor puede ayudar a acoger con serenidad y con gozo. Concretamente debemos recordarnos a nosotras mismas que todo aquello a lo que renunciamos nos libera para una relación más plena y perfecta con Él, Señor de nuestra vida, para poder llegar a decir con plena verdad: *Deus meus et omnia*, ¡Dios mío y mi todo! ¿Acaso no es esto lo que deseamos, precisamente dentro de nuestra fragilidad y de nuestras contradicciones? Pues bien, en esto la clausura es una “ayuda eficacísima”, por citar aquel bellísimo documento que es y siempre será la *Venite seorsum* (VII).

Por tanto: *amor y penitencia*. Dos aspectos que se encuentran también en el magisterio de la Iglesia cuando habla de la clausura de las monjas. La *Verbi sponsa*, en el número 3, define la clausura

como “una manera particular de estar con el Señor, de compartir el anonadamiento de Cristo”; y también “una respuesta al amor absoluto de Dios por Su criatura y el cumplimiento de su eterno deseo de acogerla en el misterio de intimidad con el Verbo, que se ha hecho don esponsal en la Eucaristía”. Por tanto, la clausura es una respuesta de amor que llega hasta el sacrificio de la vida: aspecto esponsal y aspecto sacrificial.

Clara hablaría de “ardiente deseo de servir al pobre Crucificado” (cf. *CtaCla1* 13); nos diría: “abraza, virgen pobre, a Cristo pobre” (*CtaCla2* 18). Es decir, el amor que estamos llamadas a vivir es amor a Jesús, contemplado en el momento de su inmolación por nosotros en la cruz, allí donde nos ha amado “hasta el final” (*Jn* 13, 1): es respuesta de amor a un amor que tiene un precio, el más alto, el de la vida.

Hay una imagen, precisamente bíblica, que resume estos dos aspectos, el esponsal y el sacrificial: es el del *desierto*. Por la espiritualidad de los Padres sabemos que el desierto es un lugar monástico por excelencia: monje deriva del griego *monos*, que quiere decir “solo”. Quien entra en el desierto, entra para separarse “de”, pero también separarse “para”. El desierto tiene precisamente este doble valor: es el lugar de la soledad (separarse “de”), pero es también el lugar de la intimidad (separarse “para”); es el lugar de la lucha y el lugar del amor. Por poner sólo dos ejemplos bíblicos entre otros muchos, es el desierto del libro de Oseas (cf. 2, 16 ss), donde Dios habla al corazón en una relación de amor íntimo y profundo; y es el desierto de las tentaciones de Jesús, donde entró en acción Satanás (cf. *Mat* 4, 1-11; *Mc* 1, 12-13; *Lc* 4, 1-13). La clausura y la separación que comporta predisponen, por tanto, a una soledad, que es a su vez el presupuesto para un encuentro, también para el Encuentro, el único que cada criatura -lo sepa o no- espera durante toda la vida. Además, el Encuentro no podría darse sin esta soledad que lo prepara. Es, por tanto, una soledad llena de espera, porque está totalmente instalada en una esperanza... pero, pese a todo, sigue siendo una soledad. Como decía antes, el aspecto sacrificial se experimenta con toda su crudeza.

De aquí que quisiera plantear estas premisas a los encuentros que vamos a tener en estos días, con el fin de esclarecer desde el principio algunos de los motivos por los que la clausura está viviendo hoy un momento que podríamos definir de crisis, por lo menos de replanteamiento, incluso entre las mismas monjas contemplativas. ¡También en la Orden sabemos bien que es así! Este hecho no lo veo del todo negativo: al menos nos vemos obligadas a recuperar nuestra motivación al vivirla. Peor sería dejarla escapar poco a poco, sin interrogarnos acerca de lo que está sucediendo; o, por otro lado, si nos enrocáramos en posiciones defensivas, fruto del temor de iniciar un diálogo con las provocaciones que proceden de los cambios culturales de las últimas décadas. Es bueno, por el contrario, volver a ella, refundarla, para tratar de vivirla como Jesús y nuestra Madre Santa Clara desean a los ojos de la Iglesia y del mundo, para que este aspecto del carisma sea también una palabra viva. A la luz de lo que he

dicho, me parece que puede haber dos motivos para una puesta en discusión de la clausura, al menos de cierta forma de vivirla: crisis del espíritu de fe, crisis del espíritu de sacrificio.

Crisis del *espíritu de fe*. Éste es un drama de toda la Iglesia, lo sabemos bien, hasta el punto de que el Santo Padre emérito, Benedicto XVI, dedicó un año a la recuperación de la vida de fe de la Iglesia. ¡La Iglesia ha olvidado a Jesús! En la Carta Apostólica con la que Benedicto XVI inició el Año de la Fe, *Porta fidei*, él mismo dice: “*En este tiempo tendremos fija la mirada en Jesucristo, “aquel que da origen a la fe y la lleva a cumplimiento”*; *en Él encuentra cumplimiento cualquier trabajo y todo anhelo del corazón humano*” (13).

Es la tarea que Clara nos ha dejado en heredad: “*Reina nobilísima, mira atentamente a tu Esposo, el más hermoso de los hijos de los hombres , convertido por tu salvación en el más vil de los hombres*” (CtaCla2 20); “*Mira atentamente a diario este espejo, oh reina, esposa de Jesucristo, y observa sin cesar en él tu rostro*” (CtaCla4 15). Todas las cartas a Inés de Praga son una invitación a este camino de contemplación del rostro de Jesús.

Es también la tarea que nos confía el Magisterio de la Iglesia, que quiere “*que Jesús sea realmente el Señor, la única nostalgia y la única bienaventuranza de la monja, exultante en la espera y radiante en la contemplación de Su rostro*” (VSp 10).

Y de hecho la Congregación para la Doctrina de la Fe, al dar a la Iglesia las indicaciones sobre cómo vivir el Año de la Fe, a las monjas de vida contemplativa sólo les pidió la oración: “*Las comunidades contemplativas durante el Año de la Fe dedicarán una particular atención a la oración para la renovación de la fe en el Pueblo de Dios y para un nuevo impulso en su transmisión a las jóvenes generaciones*” (Norma 8). Debería darse por descontado, pero quizá sea bueno repetirnos que debemos ser nosotras las primeras en encontrar en Jesús “*el origen y la consumación de la fe*”, y detenernos ahí, en las fuentes del misterio, para indicar el camino a todo el pueblo de Dios. Personalmente siento una gran responsabilidad en este sentido, porque creo que también la Orden, también nosotras, necesitamos volver a centrarnos en la persona del Señor Jesús. Por otro lado, no es una casualidad que *Porta fidei*, en el n. 10, defina la fe con la misma expresión que utiliza la *Vita consecrata* (59) para la vida claustral: “*La fe es decidir estar con el Señor para vivir con Él*”.

Un hermano con el que hablaba hace un tiempo me confesó que creía que las monjas de clausura vivimos angustiadas, y buscamos caminos de huída: he tenido que admitir que es verdad, pero quizá lo sea también que nuestra clausura se ha vaciado de esa Presencia, sin la cual la soledad se hace insostenible, hasta el punto de que se siente la necesidad de llenarla con otros contenidos... acaso santos, buenos, pero que en cualquier caso no son Él. Si tenemos un rostro que contemplar, aunque sea sólo en el deseo, en la búsqueda, en la espera, entonces la clausura está habitada, y el desierto es el lugar donde florece misteriosamente la vida (cf. *Is* 32, 15; 35, 1-6; 41, 18-19; 43, 19-20; 51, 3).

Subrayo: ¡aunque sea solo en el deseo! No hay soledad cuando se vive en la esperanza segura de que vendrá Alguien, porque entonces el tiempo de espera no es un tiempo vacío, sino que se convierte en tiempo de preparación.

Si la soledad se hace insostenible es porque se ha dejado de creer en el juego de amor del Señor, que nos sumerge en su misterio pascual y nos hace vivir ese maravilloso momento de la vida de María que es el Sábado Santo. Ahí se experimenta toda la angustia de una presencia que nos es arrebatada, cuyo último recuerdo es un cuerpo martirizado y exánime. Es el momento de la fe desnuda, apoyada en la certeza de que el misterio pascual culmina inexorablemente, espontáneamente -por la fuerza impresa de la pasión muerte y resurrección de Jesús- ¡en el alba luminosa de la mañana de Pascua, en la alegría de la vida plena! Si nosotras, monjas, no creemos ya en todo esto, es evidente que le iglesia vacila y cae en sus miembros. Recordad los *“miembros vacilantes de su [de Cristo] cuerpo inefable”* (CtaCla3 8), de que nos habla Clara, llamándonos a sostenerlo a través de la ofrenda de nuestra vida escondida: no por casualidad poco antes habla de *“fuerza de la fe”* (Ib. 7).

A la luz de estas consideraciones nos podemos hacer una primera pregunta. Mi manera de concebir, y después de vivir, la clausura ¿me ayuda a realizar un encuentro más íntimo, más profundo -precisamente en el sentido de que me llena en profundidad, en las expectativas más recónditas del corazón- con la persona viva del Señor Jesús, o incluso sólo con el misterio, fecundísimo en la vida espiritual, de su ausencia?

Hemos de estar atentas, pues una clausura severísima y muy disciplinada puede no conseguir este objetivo. Debemos cuestionarnos en este aspecto, porque la clausura está ordenada a la contemplación, a dar aliento al horizonte de nuestra oración y de nuestra ofrenda: si no ayuda en esto, hay algo que no funciona; puede ser que la estemos viviendo de manera defensiva, rígida, mezquina. Preguntémonos si encontramos o no al Señor entre los muros del monasterio; y si nos damos cuenta de que esto no sucede preguntémonos por qué, para volver a motivarnos dentro y dar realmente testimonio de una humanidad plena, porque está desposada con el Hijo Unigénito de Dios.

Otro aspecto que puede explicar la crisis de la clausura es -como decía antes- la crisis del *espíritu de sacrificio*.

También éste es un drama del mundo de hoy, que se está inspirando desde hace tiempo en una antropología no cristiana, que desgraciadamente ha echado raíces también en la Iglesia, en nuestros mismos ambientes religiosos y monásticos: esto es, una antropología que busca el bienestar del hombre, pero escogiendo para realizarlo un camino que no es el evangélico. También Jesús quiere que estemos bien, quiere nuestra felicidad, pero su camino es el de las bienaventuranzas: *“Bienaventurados los pobres (...), bienaventurados los que lloran (...), bienaventurados los humildes (...), los perseguidos (...)”* (Mt 5, 1 ss). ¡Sucede que estamos muy lejos de la mentalidad de hoy! Jesús

sabe que para ser realmente felices no se puede prescindir del misterio de la Cruz, es decir, de lo que ha sido su camino.

Nuestra Madre Santa Clara nos lo recuerda en el testamento: *“El Hijo de Dios se ha hecho para nosotras camino, que con la palabra y el ejemplo nos mostró y enseñó nuestro bienaventurado padre Francisco”* (5). También la enseñanza conciliar va en esta dirección: *“Sólo en el misterio del Verbo encarnado encuentra luz verdadera el misterio del hombre. [...] Cristo, [...] desvela plenamente al hombre a sí mismo y le manifiesta su altísima vocación”* (GS 22). Debemos mirar a Jesús para entender cómo se puede llegar a ser hombres completos, hombres -y mujeres- auténticos. Y Jesús nos conduce por su camino de humillación, de anonadamiento, de obediencia hasta la muerte de cruz (cf. *Fil 2, 5 ss*). Por otro lado, a Clara le gustaba contemplar a este Jesús, y contemplar para después imitar, según la enseñanza que da a Inés de Praga, en la *Segunda Carta*: *“Míralo hecho despreciable por ti y síguelo, hecha tú despreciable por Él en este mundo [...] míralo, considéralo, contéplalo deseando imitarlo”* (19-21).

Me parece que el ocultamiento en la vida claustral puede estar muy cerca del misterio del anonadamiento, de la *kenosis*. También la *Verbi sponsa* lo recuerda: *“Las contemplativas claustrales, de modo específico y radical, se conforman a Jesucristo en la oración en el monte y a su misterio pascual, que es una muerte para la resurrección”* (3). La meta es la resurrección, es decir, la verdadera y total bienaventuranza, la felicidad plena, ese gozo que nadie podrá arrebatarnos (cf. *Jn 16, 22*), precisamente porque brota de la cruz y tiene, por ello, sabor de vida eterna. Como decía antes, lo que es distinto es el camino. La vida brota de la muerte, la alegría de la aflicción, la paz del coraje de aceptar el conflicto. Y esto desde ahora, según la palabra misma de Jesús, que nos promete la vida eterna para el futuro, pero el céntuplo ya en esta tierra (cf. *Mc 10, 29*).

Recordemos a este propósito también la Bula de canonización de Clara:

“Mas esta luz permanecía cerrada en el secreto de la clausura, e irradiaba fuera destellos luminosos; se recluía en el estrecho cenobio, y se difundía por todo el mundo. Se recogía dentro y se extendía fuera. Porque Clara moraba oculta, mas su conducta era notoria. Clara callaba, mas su fama era un clamor. Se recataba en su celda, mientras su nombre y su vida se pronunciaban en las ciudades” (12-14).

He aquí la “misteriosa fecundidad apostólica” de nuestra vida, de la que habla el Concilio (PC 7): para llegar al hombre perdido en los extremos confines de la tierra, a ese hombre que ningún misionero alcanzará jamás... estamos nosotras, en nuestra clausura. Me parece oír por debajo el espíritu de las bienaventuranzas: para obtener una cosa avanza por el camino opuesto, jaceptando la parte de Cruz que se me exige!

¿Creemos todavía de veras en todo esto? ¿Creemos que, renunciando a una participación activa en la vida eclesial -como pide la *Verbi Sponsa* en el n. 11 B- estamos, por el contrario, muy

presentes, misteriosamente? ¿Creemos que no es nuestra visibilidad la que nos permitirá darnos a conocer y, por tanto, permanecer vivas en la iglesia, sino más bien el testimonio silencioso y escondido de una vida evangélica, capaz de irradiar luz hasta los confines de la tierra, como ha sido para Clara?

Repito, el problema subyacente es antropológico: busco el valor a través del cual creo poder realizarme directamente, sin pasar por el camino de la renuncia, de la mortificación.

También aquí algún interrogante: la fidelidad a mi elección de vida de clausura ¿tiene para mí un coste, siento su peso? ¿Y en qué circunstancias? ¿Sucede que me siento mortificada por la disciplina de la clausura en la forma en que la vive la comunidad? Es justo preguntárnoslo para entender si el problema es sólo mío, y entonces lo lidiaré personalmente; o si en realidad hay algo que puede ser cambiado, permaneciendo, no obstante, fiel a cuanto la Iglesia nos pide.

Si anteriormente el sentido de las preguntas pretendía entender cómo la clausura me ayuda en mi vida de contemplación, ahora, por el contrario, trata de entender de qué manera mi humanidad encuentra en ella una posibilidad de realización, y por qué. Recordemos que Jesús nos quiere felices, y si se nos pide un sacrificio, se pide para lograr una felicidad más plena: si no la consigo, es justo que me pregunte por qué.

En conclusión: la clausura, con las consecuencias que comporta, nos debe realizar tanto espiritual como humanamente, y es obligado preguntarnos si esto sucede así. Por este motivo en los sucesivos encuentros veremos cómo los distintos aspectos de la vida en clausura afectan a la persona en sus distintos componentes: mente, corazón, voluntad. Recordemos que nuestra Madre Santa Clara nos pide amar “*con todas nuestras fuerzas a Aquel que por nuestro amor se ha entregado totalmente*” (cf. *CtaCla3* 15). Jesús, por su parte, en el evangelio nos llama a amarlo “*con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas la fuerzas*” (cf. *Ma* 12, 30). Trataremos, pues, de aplicar a las variadas componentes de la personalidad el discurso sobre la clausura, para entender si logra la totalidad del don a la que estamos llamadas y de qué manera lo hace, y veremos cómo las estructuras de nuestra vida de clausura pueden ayudarnos a salvaguardar la integridad de la persona, para que “*se conserve enteramente -espíritu, alma y cuerpo- irreprochable para la venida de nuestro señor Jesucristo*” (cf. *ITs* 5, 23).

Con todo el corazón

Hay una “clausura del corazón” que afecta obviamente al voto de castidad, y consecuentemente a las relaciones tanto con Dios, como con las hermanas y los hermanos.

¿Qué significa “clausura del corazón”? Voy a contestar en principio con esa frase del Cantar de los Cantares, tradicionalmente aplicada a nuestra vida claustral: “*huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía, huerto cerrado, fuente sellada*” (4, 12). Es bella la imagen, porque si un jardín está cerrado quiere decir que pertenece a alguien que posee su llave: el acceso, por tanto, no es posible a

cualquiera. Lo mismo la fuente sellada: alguien ha puesto un sello para que el agua sea accesible sólo en determinados momentos escogidos y buscados, no siempre y de cualquier manera. Son dos imágenes que hablan de una riqueza -la belleza del jardín y la abundancia del agua de la fuente- que se pone la disposición *sub conditione*, y no indistintamente.

Así debe ser el corazón de la monja de clausura: un corazón vivo, palpitante, amante, generoso, rico, pero que sepa poner todo esto a disposición *sub conditione*, donde la condición es que sea evidente que el corazón pertenece a Alguien, que Alguien posee, sólo Él, sus llaves; que Alguien ha puesto un sello, y es Él, como dueño -por así decirlo- del corazón, quien decide cuándo y cómo abrirlo. Debe ser evidente que hay un límite intransitable, que sella el acceso a una intimidad que no es para todos, sino sólo para Él.

Pienso que hay que entender en este sentido el valor de la reja, o en cualquier caso de esa separación “material y eficaz, no sólo simbólica ni considerada neutra” (VSp 14, 2), que debe delimitar nuestro espacio vital: tiene el sentido de hacer evidente, concretamente evidente, esta pertenencia a Alguien. Así pues, es una bellísima forma de testimonio de amor exclusivo: la reja “separa de”, pero “separa para”, y éste es el mensaje que debemos saber aprovechar de la misma. Mensaje no sólo y no tanto para quien nos visita, sino antes y sobre todo para nosotras, que somos enviadas desde los límites espaciales de nuestra vida a volver siempre al amor de un tiempo (cf. Ap 2,4), ese amor que corre el riesgo de debilitarse poco a poco, víctima a menudo de la fuerza de la costumbre.

En este sentido, la *Verbi Sponsa* habla de la clausura como de “un oxígeno de la salvaguarda santa de Dios por su criatura, y es, por otra parte, forma singular de pertenencia a Él solo, porque la totalidad caracteriza la absoluta dedicación a Dios” (5). “Salvaguarda santa”: así pues, Dios edifica a nuestro alrededor como un muro, un recinto santo, por así decir, para nosotras mismas antes que para los demás: “Yo te amo y tú me perteneces”.

Paradójicamente, esto nos da también la posibilidad de una mayor libertad en las relaciones. Precisamente porque se trata de un límite concreto, visible, que marca una separación evidente, podemos permitirnos una profundidad de relación que podría de otro modo resultar inoportuna. Es ciertamente obvio que todo depende de la pureza de nuestro corazón y de nuestra mirada: si hay ambigüedad en nosotras, no hay reja que se mantenga... ésta cruzará seguramente también el límite de la clausura. Pero si nuestra mirada es pura, reflejo de un corazón puro, entonces la separación será una ayuda para relacionarnos de una manera más verdadera, más auténtica, porque continuamente nos dirá a nosotras y a los demás que pertenecemos a Alguien.

Hablaba antes de la importancia de que el corazón sea un corazón amante. Vana sería, en verdad, nuestra vida si no nos ayudase a ampliar los espacios del corazón, si no sirviese para hacerlo más libre. Si son sólo tres cosas las que permanecen -la fe, la esperanza y la caridad (cf. 1 Cor 13, 13)-

¡pobres de nosotras si nos encontramos al final de la vida sin haber aprendido a amar! Pero no se puede aprender a amar sin volver continuamente a la fuente, que es Dios mismo. Y en eso nosotras somos más que privilegiadas, porque para eso hemos sido llamadas aquí, para poder tener “*un espacio de separación, de soledad y de silencio, donde poder buscar a Dios con mayor libertad y dónde vivir no sólo para Él y con Él, sino sólo de Él*” (VSp 5). Tras un contacto tan íntimo y continuo con Dios, que “es amor” (1Jn 4, 8), no podemos dejar de sentir en toda su fuerza la llamada a ser, por nuestro lado, perfectas en el amor (cf. CtaCla3 4).

Y ésta es exactamente nuestra misión, lo que la Iglesia espera de nosotras. La *Verbi Sponsa*, allí donde habla de nuestra misión eclesial, dice:

“La caridad, infundida en los corazones por el Espíritu Santo, convierte a las monjas en cooperadoras de la verdad, partícipes de la obra de la Redención de Cristo y, uniéndolas vitalmente a los demás miembros del Cuerpo Místico, hace fecunda su vida, ordenada enteramente a la consecución de la caridad, en beneficio de todos” (7).

Por tanto, la clausura está ordenada a unificar el corazón, a purificarlo, porque la monja ama a su Dios por encima de todo y en Él a todos los hermanos y hermanas. Un amor que estamos llamadas a dar a los hermanos: el amor mismo de Dios, más aun, el amor que es Dios mismo. Es muy hermoso lo que dice al respecto la *Verbi Sponsa*: “*El corazón puro es el espejo límpido de la interioridad de la persona, purificada y unificada en el amor, en cuyo interior se refleja la imagen de Dios que allí mora; es como un cristal terso, que iluminado por la luz de Dios emana su mismo esplendor*” (5). Esto es lo que nos piden también nuestras *Constituciones Generales*: “[...] *no sólo nuestras palabras, sino mucho más nuestro comportamiento y las concretas demostraciones de nuestro amor por Dios, por la comunidad y por todo el género humano, hablan eficazmente de Dios*” (125, 2).

Por tanto, si estamos llamadas a convertirnos en un reflejo transparente del amor de Dios ¿dónde reflejar la luz de este amor? Es obvio que el primer banco de prueba de esta pureza de corazón es nuestra comunidad, son las *relaciones fraternas*. Como nos pide nuestra Madre Santa Clara en el *Testamento*: “*Y amándoos unas otras en la caridad de Cristo, demostrad a los de afuera con las obras el amor que tenéis en el interior*” (59). La clausura es una “ayuda efficacísima” (VS VII) también para construir la santa unidad, porque no nos permite escapatorias, nos obliga a estar dentro de las relaciones -también las más costosas- para iluminarlas con la luz del Evangelio. La instrucción *Vida fraterna en comunidad* -publicada en el año 1994 por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica- considera que las comunidades de vida contemplativa son capaces de una “*proyección apostólica efficacísima, pero que permanece casi siempre escondida en el misterio*” (59b). Y lo dice precisamente a propósito de la vida fraterna, que para los contemplativos

“tiene dimensiones más amplias y más profundas, que derivan de la exigencia fundamental a esta especial vocación, es decir, la búsqueda sólo de Dios en el silencio y en la oración. Su continua atención a Dios hace más delicada y respetuosa la atención a los demás miembros de la comunidad, y la contemplación se convierte en una fuerza liberadora de cualquier forma de egoísmo” (ib. 10).

En este sentido estamos llamadas a ser verdaderamente *“espejo y ejemplo para cuantos viven en el mundo” (TestCl 20)*. Y no sólo espejo y ejemplo, sino también sostén y fuerza: cada batalla vencida por nosotras en las relaciones fraternas -y sabemos que las batallas diarias son innumerables- produce en el mundo una misteriosa fuerza de conversión, se convierte en una ola de comunión que repercute hasta allí donde el espíritu quiere hacerla llegar.

Entre todas las palabras que nos legó en herencia Clara, me impresiona siempre profundamente la del capítulo VIII de la *Forma vitae*: *“Si la madre ama y alimenta a su hija carnal, con cuanto mayor amor debe la hermana amar y nutrir a su hermana espiritual” (RCl VIII, 16)* Creo que nuestras estructuras claustrales son providenciales para ayudarnos a vivir hasta el fondo este “amar y alimentar”. Estamos como clavadas al lado de la hermana, de cada hermana, que a lo largo de la jornada nos reclama su necesidad de amor, de atención, de reconocimiento, ofreciéndonos así en cada instante la posibilidad de convertirnos en “dones eucarísticos”, dones que ofrecen su propio cuerpo, su propia alma, su propia vida... por amor. Y Clara lo sabía bien, ella a quien describen las fuentes bibliográficas como siempre solícita por sus hermanas, por sus cuerpos, que arropaba con su propia mano mientras dormían para defenderlas del rigor de las noches de Asís, y de sus almas, a las que consolaba en la tristeza y en el dolor con *“caricias maternas” (cf. LCl 38)*. Pienso que si fuéramos capaces, en el día a día, de poner en práctica *sine glossa* esta enseñanza de nuestra Madre Santa Clara, los monasterios se convertirían en verdaderas fraguas donde se forjaría esa nueva humanidad, ese don pascual, que tanto cuesta hacerse visible en la historia.

A la luz de esto, lo realmente importante es “estar”, no escapar de las relaciones sino hacer de ellas el ámbito de una paciente conversión cotidiana, el lugar donde tratar continuamente de reflejar el amor que recibimos de Dios en la oración y los sacramentos. Además, las relaciones se convierten en el banco de prueba de la autenticidad de nuestra oración: *“por eso, quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1Jn 4, 20)*.

A este respecto comparto un pensamiento personal. Puede suceder en la vida tener que administrar fatigas de camino, momentos de crisis... Pienso que el camino para la solución no es tanto -o por lo menos no es sólo- irse a otro lugar a coger fuerzas. Aunque esto pueda servir durante cierto tiempo, tanto para recuperar el aliento como objetivizar la situación mediante la distancia, sin embargo no será resolutivo. Qué hermoso texto el de la *Imitación de Cristo* cuando dice, refiriéndose al amor que siempre debemos tener a la santa cruz: *“La cruz está siempre preparada y te espera en cualquier*

sitio. *No puedes huir de ella, te refugies donde te refugies, porque allí donde vayas te llevas a ti mismo contigo y siempre te encontrarás a ti mismo*” (II, 4). Cambiar el contexto de las relaciones puede servir temporalmente, pero no resuelve, sólo retrasa el problema, porque el problema hunde sus raíces dentro de nosotros, incluso si proviene o es provocado por situaciones externas. Es lo que dice también Francisco al ministro que le pide la obediencia de irse a hacer vida eremítica:

“Acerca del caso de tu alma, te digo, como puedo, que todo aquello que te impide amar al Señor Dios, y quienquiera que sea para ti un impedimento, trátese de frailes o de otros, aun cuando te azotaran, debes tenerlo todo por gracia. Y así lo quieras y no otra cosa. Y tenlo esto por verdadera obediencia [...] Y ama a aquellos que te hacen estas cosas [...] y sea esto para ti más que el eremitorio” (LMin 2-6).

Como veis, se trata de una clara invitación a “estar”; estar en el cansancio, en la tribulación, para construir dentro de ese cansancio la “santa unidad”. Habrá que ayudar a la persona a afianzarse dentro, para que aprenda a “estar”. Y esto en beneficio de la Iglesia, del mundo.

Ésta es, además, nuestra primera e imprescindible *misión apostólica*. Misteriosa, ciertamente, pero real y eficaz. Como dice el decreto conciliar sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad Gentes*: *“Los Institutos de vida contemplativa, con su oración, penitencia y tribulaciones, tienen grandísima importancia en la conversión de las almas”* (40).

Ciertamente, también hay contactos con el exterior y la posibilidad de ofrecer un servicio de escucha y de misericordia en el locutorio. La *Leyenda de Santa Clara* y el *Proceso de Canonización* nos hablan de los muchos contactos que la comunidad de San Damián tenía con la ciudad de Asís. Cada uno de nuestros monasterios está generalmente inserto de manera muy viva en la realidad que lo acoge: es hermoso, hace crecer el reino de Dios. Pero creo que debe prestarse una particular atención a la calidad de las relaciones. Pertenece a Alguien -lo decíamos antes- y en Él a la Iglesia, sobre todo a esa primera Iglesia que es nuestra comunidad: este hecho debe manifestarse con claridad en cada una de nuestras relaciones con el exterior. Pienso además que es lo que la gente espera de nosotras: el testimonio de una vida “distinta”, de una capacidad diferente de leer los acontecimientos de la historia, incluso de la historia personal, con esa *“sabiduría que viene de lo alto”* (Gc 3,17), de la que nos habla Santiago.

Cualquier relación tiene dos partes: dar y recibir. También para nosotras es así. Aquello que podemos y debemos dar es Jesús. Cuando amas a alguien, deseas para él lo que has reconocido que es un bien para ti: ¿qué bien más grande que Jesús para nosotras, que ese Jesús que tenemos la gracia de encontrar cada día en la oración, en los sacramentos? Así pues, en cualquier contacto debemos tener esta preocupación -sencilla, serena, pero convencida- de dar a Jesús, y, por tanto, la salvación del alma, al hermano. Sabemos que Clara prevé, en la *Forma vitae*, que los encuentros en el locutorio o en la reja de la iglesia se hagan con permiso de la abadesa o de su vicaria y en presencia de algunas

hermanas (cf. *RCI V*, 5-7): para una mujer de la grandeza de alma y de la libertad interior de Clara esto es significativo. Era seguramente el deseo de salvar la honestidad y la buena fama, valores muy importantes para una mujer del Medioevo; pero de hecho esto constituía también una inevitable “supervisión” de actitudes y comportamientos. Hoy, por lo general, sólo pedimos permiso para acudir al locutorio, en tanto que las otras normas han decaído por discreción y por el justo respeto de la dignidad de la persona. Muy bien, pero seamos inteligentes y honestas si pedimos el permiso como una comprobación real de la oportunidad de tener verdaderos contactos, y recordemos luego, una vez en el locutorio, que hablamos y nos movemos no sólo delante de las demás hermanas, sino bajo la mirada de Dios... Preguntémonos en primer lugar ¿qué estoy diciendo? ¿estoy dando realmente a Jesús?

Éste es, por otro lado, el horizonte a tener presente. Una meta que prevé ciertamente etapas intermedias; basta con que sean realmente etapas de un camino con el horizonte más amplio. Vale también el diálogo más trivial, cotidiano; basta con que prepare la posibilidad para el hermano de un encuentro más profundo con el Amor de Dios. Si no sucede así, entonces es mejor aligerar la relación y dedicar más tiempo a orar por ese hermano, que perder el tiempo con palabras vacías, que me roban un tiempo precioso para el Señor, y a él no le sirven de nada.

Decía que en cualquier relación hay reciprocidad. Esto vale también para nosotras. A veces recibimos mucho del testimonio de vida de los hermanos, nos edifica su búsqueda de Dios, su fortaleza en la prueba, su espíritu de fe... Hemos de tener la valentía de reconocerlo cuando nos sucede, cuando algo nos hace daño, nos aleja del misterio de silencio que debe habitar constantemente nuestra vida, para renunciar a las relaciones que corren el riesgo de herir, entorpecer nuestra relación con el Señor. También esto forma parte de la “salvaguarda del corazón”: recordemos que nuestro Dios es un Dios celoso, y no quiere que demos a otros la gloria que sólo a Él le pertenece (cf. *Bar* 4,3).

¡Cuánto más vale esto con relación a los sacerdotes y a los consagrados! Éste es también un ámbito que está sujeto a discernimiento, quizá todavía más que otros, para cuidar la calidad de la relación. ¿Quién más que nosotras, consagradas, debe prestar atención a este don recíproco de la persona de Jesús? No pretendo con esto encorsetar las relaciones y encerrarlas en estereotipos espirituales vacíos de humanidad, sino sólo hacer de ellas ocasiones preciosas para ayudarnos a crecer en la comprensión de la voluntad de Dios y sostenernos recíprocamente en su cumplimiento. En este sentido, como Clarisa siento una gran responsabilidad hacia los hermanos: Clara ha sido custodia de la memoria de Francisco después de su muerte, lo ha sido para las hermanas y también para los hermanos. Quizá también a nosotras se nos confía hoy el cometido de recordarles esa parte contemplativa de nuestra común vocación, que corre el riesgo de ser sofocada por las actividades apostólicas, y a ellos provocarnos para mantener encendido el aliento de nuestra ofrenda, para que tenga de verdad las dimensiones del mundo entero, de ese mundo con el que ellos han de mantener un contacto diario.

Creo que todo esto puede definir la atención a la “custodia del corazón”. Y todo esto se ve valiosamente potenciado por nuestra clausura, que nos sitúa frente a un límite: límite que no es percibido como un obstáculo -impedimento- sino como una vía que pone orden, armonía, rectitud, para enderezar las energías afectivas de nuestro corazón, preciosísimas, hacia Aquel que las merece antes que nadie, y que se acordará de distribuir las a los hermanos en la medida de su infinita caridad, obviamente mucho más amplia y profunda que aquella de que es capaz nuestro pequeño corazón.

(Continuará)

Monasterio S. Chiara

Vita Vitellia, 97

00152 Roma

“La Iglesia se halla hoy frente al enorme reto de poner un acento humano y cristiano a la civilización moderna: acento que la misma civilización requiere y casi invoca para sus desarrollos positivos y para su misma existencia”.

San Juan XXIII, *Mater et magistra*.

“En la convocatoria del Concilio, san Juan XXIII demostró una delicada docilidad al Espíritu Santo, se dejó conducir y fue para la Iglesia un pastor, una guía-guiada, guiada por el Espíritu. Éste ha sido su gran servicio para la Iglesia; por esto me gusta imaginarlo como el Papa de la docilidad al Espíritu Santo”.

Francisco, 27 de abril de 2014.

“Nuestra misión se dirige siempre y por encima de todo al futuro. O hacia el futuro del cual estamos seguros en la fe: el porvenir escatológico; o hacia el futuro del cual podemos ser humanamente inseguros. [...] Es necesario que también nosotros nos convirtamos en instrumentos dóciles y eficaces de la acción [del Espíritu] en nuestra época”.

San Juan Pablo II a los obispos europeos, 20 de junio de 1979.

*Se trata de encuentros de formación celebrados en un monasterio de clarisas. Hemos mantenido su estilo coloquial. Publicado en *FORMA SORORUM, lo guardo di Chiara d'Assisi oggi*, 4 / 2014, pp. 152-168